

Benedicto XVI, Carta Encíclica Deus Caritas est.

Esta Encíclica se trata de la primera carta solemne que ha redactado nuestro actual Papa, lleva por título Deus Caritas est (Dios es amor) y va dirigida a los Obispos, a los Presbíteros y Diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos. Fue redactada sólo 9 meses después de su elección como Papa y está dividida en dos partes, la primera se titula “La unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación” y la segunda, “Caritas, el ejercicio del amor de Dios por parte de la Iglesia como comunidad de amor”. Está precedida por una Introducción y finaliza con unas breves conclusiones.

En esta Introducción el Papa comienza hablando de amor, el amor que Dios nos tiene, y al que no debemos de vincular sentimientos de odio o violencia, nos adelanta las líneas principales por las que va a discurrir su Encíclica y marca un objetivo claro: provocar una reacción en nosotros, los hombres, como respuesta al amor divino.

En la primera parte, en primer lugar, es necesario explicar dos conceptos a los que se hace mención repetidamente, sin cuyo significado resulta imposible de entender su mensaje.

El primer concepto es *eros*, y hace referencia al amor entre un hombre y una mujer, un amor que se impone al ser humano, se podría decir que es un amor mundano. El segundo concepto es *agapé*, se refiere a un amor más maduro, con más experiencia y fundado en la fe, es el amor por el otro, la disposición al sacrificio. También nos habla del *philia* que es el amor de amistad.

El pontífice nos alerta de que la palabra amor está hoy en día desgastada y no debemos dejar que su significado se distorsione, por lo que debemos purificarla y

llevarla a su esplendor original, para que ilumine nuestra vida y nos acompañe por el camino correcto.

Así el *eros* se transforma interiormente en *agapé* y se transforma en el don de una nueva vida humana. Benedicto XVI asegura que el amor puro sólo está entre el hombre y la mujer, en el matrimonio destinado a procrear. El *eros* necesita de disciplina para no degradarse en puro sexo.

Así, el hombre es cuerpo y alma, y al igual que cuidamos y alimentamos al cuerpo, lo mismo debemos hacer con el alma, ya que sólo constituirán una auténtica unidad cuando ambos se funden, convirtiendo así al *eros* en un amor más maduro. Este es el reto del *eros*, que se puede decir que está superado cuando el cuerpo y el alma están en perfecta armonía. Así el amor se transforma en éxtasis, entendido como el encuentro de sí mismo y de Dios. Resumiendo, *eros* y *agapé* no pueden ser separados completamente, sino que hay que encontrar su justo equilibrio. Aunque el *eros* es inicialmente deseo, al encontrar después a la otra persona, dejará su propio egoísmo para buscar la felicidad del otro y se convierte el momento *agapé*.

En cuanto a Dios, su *eros* para con el hombre, es a la vez *agapé* fundamentalmente porque es un amor que perdona, dado gratuitamente.

Ejemplos que aparecen en la Encíclica sobre el amor son muy numerosos: la narración bíblica de Adán y Eva, las parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, la de la mujer que busca el dracma, la del hijo pródigo, etc. y no solo ejemplos bíblicos sino otros como el mito del hombre esférico relatado por Platón, o el propio ejemplo de vida y muerte de Jesucristo que entrega su vida por nosotros, auténtico ejemplo de amor sublime.

Este acto tiene una presencia duradera a través de la Eucaristía, en la que cada vez que participamos en ella nos implicamos en ese proceso de donación. Nos unimos a Él a la vez que nos unimos a todos aquellos a quienes Él se dona convirtiéndonos así en un solo cuerpo. El doble mandamiento, gracias a este encuentro con el ágape de Dios, ya no es solo exigencia: el amor puede ser mandado porque primero se ha donado.

En esta primera parte el Papa plantea una serie de preguntas que están en el aire, ¿Nos amarga la iglesia la alegría del *eros*? ¿La propuesta cristiana es una represión del auténtico amor? Ante esto, el Papa nos anima a mirar más allá, no se trata de alcanzar una mera felicidad transitoria o pasajera sino algo más estable y definitivo. Una felicidad perpetua, estable, que sólo nos proporciona el encontrar la felicidad del otro, el hacer felices a los demás.

Otra cuestión peliaguda es si podemos amar de verdad a Dios y si podemos amar siempre al prójimo incondicionalmente. La respuesta es muy sencilla, el odio nos rodea, se llega incluso a matar en nombre de Dios, pero la respuesta es Él, Dios es amor. Nosotros, al estar hechos a su imagen y semejanza, solo podemos amar, y podemos porque Dios nos ama y porque tenemos su amor.

En la segunda parte de esta Encíclica, el Papa nos explica que el amor es mucho más fuerte que la muerte, el rencor o incluso el egoísmo. Por eso la iglesia y los cristianos (especialmente los laicos), tienen una misión importante, no sólo en la labor asistencial sino en todos los campos, incluida la misma política. Por eso esta encíclica puede tener un amplio alcance también ecuménico, ya que el amor es el “cemento” que une a todos los cristianos y a todas las iglesias, y construye así la única iglesia de Cristo.

Podemos ver la triple naturaleza de la iglesia:

- El anuncio de la Palabra de Dios
- La celebración de los Sacramentos
- El servicio de la caridad.

Estas son tareas interrelacionadas, en la que ninguna se puede separar de la otra.

El amor al prójimo es una tarea que incumbe a la comunidad eclesial por completo, en donde el trabajo de caridad debe ser una imagen fiel del amor trinitario.

Esta tarea ha sido de gran relevancia desde los inicios de la Iglesia. De ahí que hubo que constituir una organización que se dedicase a esta labor y como resultado surgió la diaconía como servicio del amor al prójimo, una labor también espiritual. Con el desarrollo de la Iglesia, esta labor se constituyó como uno de sus ámbitos esenciales.

La creación de un orden basado en la justicia de la sociedad y del Estado es la tarea en torno a la que gira la política, por lo que no puede ser un cometido atendido con inmediatez por parte de la Iglesia.

La doctrina social de la iglesia no aspira a infundir a la Iglesia poder sobre el Estado, sino simplemente ilustrar a la razón para que las verdaderas exigencias de la justicia puedan ser percibidas y realizadas.

Hoy en día con la globalización podemos sacar efectos muy positivos, ya que la realidad de prolongar horizontes en el mundo ha hecho que se hayan podido constituir diversas asociaciones con fines caritativos y sin ánimo de lucro.

También en el propio seno de la Iglesia han surgido nuevas formas de actividad caritativa que conservan la esencia de la caridad cristiana y eclesial. Para lograr esto:

- La actividad caritativa cristiana debe basarse en la experiencia de un encuentro personal con Cristo, en el amor al prójimo. Es una respuesta a la necesidad inmediata del prójimo que debe ser atendida desde la humanidad, no de una forma meramente técnica.
- La actividad caritativa debe estar por encima de ideologías o partidos, debe ser completamente independiente y actuar donde hay necesidad de amor. El objetivo no es transformar al mundo de forma ideológica.
- La actividad caritativa cristiana, además, no debe ser un medio en función de lo que hoy viene señalado como proselitismo. Pero esto no significa que la

acción caritativa deba, por así decirlo, dejar a Dios y a Cristo aparte. El cristiano sabe cuándo es el tiempo de hablar de Dios y cuando es justo hacer silencio sobre Él y dejar hablar solo al amor.

El servicio al pobre, al sufriente, al abandonado, parte de una mirada diferente, porque al verlo con los ojos de Cristo, puede dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. El pobre lo que necesita principalmente es justicia.

La iglesia es la familia de Dios en el mundo y no podemos permitir que en esa familia haya alguien que sufra por la falta de lo necesario. Es necesario crear un nuevo orden social justo, en donde a nadie le falte lo imprescindible para vivir.

El Papa sostiene que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte en ciegos ante Dios. Este servicio nace empezando por las parroquias hasta llegar a la Iglesia universal.

En este contexto hay que confirmar la importancia de la oración. El que reza no está perdiendo el tiempo sino que busca alcanzar en Dios la energía y el positivismo que venza a los males del mundo.

Recoge dos veces el caso de Juliano el Apóstata, para mostrar que el amor al prójimo necesitado es el mejor testimonio de nuestra fe cristiana, más que una predicación agresiva o que el intento de imponer la doctrina católica.

Otro aspecto llamativo de esta Encíclica es su ejercicio de diálogo con la cultura, que se manifiesta, por ejemplo, en el punto 31. Allí se detiene a comentar los cuestionamientos de Nietzsche a la enseñanza cristiana sobre el amor, y no deja de recoger las preguntas que se hacen muchos de nuestros contemporáneos.

El Pontífice, finaliza esta Encíclica con un apartado de conclusiones en donde pone una nota de atención hacia los Santos, por ser estos los primeros que ejercieron de una forma ejemplar la caridad. Hace una mención especial a María, la Madre del Señor, cuya vida es un ejemplo para la humanidad ya no solo en términos

de amor o caridad sino en todos los aspectos de su vida. Nos indica además que no debemos olvidar no solo sus actuaciones en vida, sino que tenemos que tener en cuenta su vida después de su muerte.

Valoración personal

Creo que esta Encíclica es mucho más que una reflexión sobre el amor cristiano, una clase magistral sobre el amor en todas sus vertientes. La sencillez del texto del Pontífice resulta engañosa, ya que se trata de una crítica de la modernidad en este tema esencial para el hombre. Es un texto que despierta el interés, por ser un contenido actual, crítico y oportuno al que vale la pena dedicarle tiempo y reflexión.